

RAÍCES

Viejo pueblo de mi infancia. Retrato
que, en mi retina, dulce, amarillea,
con la pátina con que cubre el tiempo
el perfil de las cosas verdaderas.

Recuerdo a mi abuelo, callado y noble,
al sol de la tarde, junto a la puerta,
de cera y lezna, zapatero enjuto,
sentado en su baja silla de anea.

Atando cabos pasaba la vida,
cosiendo su alma entre suela y suela,
saludando al alba desde su asiento,
remendando el hambre de la posguerra.

Día tras día, cargada de ropa,
camino del río iba mi abuela,
oscura de luto sobre la orilla,
plateado el pelo de su cabeza.

Entre los hierros de los barandales,
desde donde, gris, el río se otea,
yo la veía bajar hasta el agua,
curvado el ángulo de su cadera.

Pasaba muy temprano el arriero,
despacio y silencioso ante su recua,
las manos al cabestro, y la mirada
perdida sobre la brumosa sierra.

Seguíale abstraído el piconero,
poeta de las luces de estas tierras,
urdiendo versos en su caminata,
ajeno al accidente de las sendas.

Y era de verlo, ajeno y distraído,
sus manos en la industria de la leña,
y el venero sutil del pensamiento
batallando con rimas y morfemas.

Ya a la tarde bajaba de las cumbres,
tiznado del hollín de la candela,
cansado, mas feliz, por la victoria
del logro culminado del poema.

Allá en la lontananza de los cielos,
celosa vigilante de su presa,
el águila real, letal y altiva,
lucía en majestad sus alas regias.

No quedaba a la zaga en señorío
el buitre leonado de las peñas,
señor de la carroña y de los aires
que en círculo fatal se manifiesta.

Fiel a la cita, como amante en celo,
anidaba en la torre de la iglesia,
heraldo de los cielos más azules,
grácil, zancuda, alta, la cigüeña.

Bajo los aleros de los tejados,
desde sus nidos de saliva y tierra,
con su vuelo raso la golondrina
dibujaba sombras sobre la acera.

¡Qué añoranza de lides infantiles,
aprendices de héroes en reyertas
enzarzados: la causa una maroma
y un astado. Oh, dulce guerra incruental!

Sobre pesadas narrias quejumbrosas
que cruzaban el mar de las laderas,
éramos capitanes de bajeles,
ávidos de aventuras y proezas.

¡Cómo reverberaba el sol de mayo
en las paredes de la calle nueva,
en las piedras pulidas por el tiempo,
en la antorcha de cal de la plazuela!

¡Qué jornadas de estío, inolvidables,
aventando la mies desde las eras,
soñando los remansos de un arroyo,
la fronda de la umbría en las riberas!

En el otoño austero y quejumbroso
donde la fronda ajada despereza,
bajaba de las cimas cenicientas
el hondo bostezar de la tristeza.

Reclamaba el invierno su papel
con su espada de lluvia y de tormenta,
y el río silencioso renacía,
sediento de sí mismo y de su empresa.

La nieve en los pinares, por momentos,
como soles de bruñidas monedas,
despedía a la tarde en retirada,
el bermejo cansancio de su estela.

¿Dónde quedó el bullir de las muchachas
al salir del telar, como azaleas
de fulgor dorado, cantarinas,
ruborosas, joviales y resueltas?

Aquellas ninfas por quienes mostrábamos,
exultantes ante el toro de cuerda,
un valor sin fisuras, temerario,
mas deudor de una íntima promesa.

¿Qué tributo, qué deuda me reclamas,
ciudad de mi memoria, compañera
del gozo, de la pretérita dicha,
de los azules días mensajera?

¡Cuántas historias al calor del fuego!
¡Cuántos sueños idos como pavesas!
¡Cuántas risas, juegos, dolor, paisaje...!
¡Pueblo de mi infancia, qué lejos quedas!

Seudónimo: "Mazantini"